

JAMAS DE CAUCON Z-IUCI-NA

Los puños sucios de la camisa son como esos hijos impertinentes: Por más que uno trate de esconderlos, al menor descuido, nos han de sacar los colores de la vergüenza.

* * *

Tenia cariño a aquellas zapatillas y me resistía a sustituirlas. Ellas me lo agradecían sonriéndome con ternura por entre sus rotos y descosidos.

* * *

El cigarrillo es un amigo leal: nos avisa en los dedos, más o menos, como nos está poniendo los bronquios.

* * *

El cigarrillo puro es un dedo amputado para robarle el anillo.

* * *

El estuche de las gafas es una ostra a la que jamás encontramos la perla.

JOSÉ CANAL

RECUERDOS

Arte

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros

¿CONOCI al famoso coleccionista de arte don José Lázaro Galdiano?

Difícil es contestar a esta pregunta en un sentido categórico. Si el conocer implica trato y amistad, no lo conocí; si supone ver de cerca a una persona y estar perfectamente enterado de su vida y de su obra, sí.

Yo ví a Lázaro Galdiano, crucé con él formularios saludos, sé con todo detalle su interesante historia y pude disfrutar en vida suya de la visión de sus tesoros. Su figura ocupa en mis recuerdos un rincón bello y anecdótico, que no puede quedar olvidado.

Mi contacto con Lázaro procede de Antonio Rodríguez Moñino, a quien el millonario coleccionista confió la custodia de sus tesoros artísticos en 1945. A partir del otoño de este año, Moñino y yo nos reuníamos todos los días, al atardecer, en el café «Gijón», lugar ligado íntimamente a la vida literaria madrileña.

En varias ocasiones, Lázaro trajo a Rodríguez Moñino en coche al café. Lo ví entonces algunas veces, rápidamente. Sentado en el coche, envuelto en la velada luz vespertina, le veo en mi recuerdo. Era un anciano, con barba, gran empaque y gesto dominador. Se adivinaba el hombre que fue alto, arrogante, y se percibía un inmutable espíritu firme, al servicio de una inteligencia privilegiada. De su cultura artística, no era el aspecto físico, sino su colección, la que hablaba con rotunda elocuencia convincente.

En mi convivencia íntima con Moñino, Lázaro llegó a ser para mí algo también íntimo, presente siempre en espíritu en nuestras tertulias. Si nuestra charla discurría por cauces históricos, aquel tercer e invisible contertulio quedaba en la penumbra; cuando hablábamos de Arte, se imponía como figura central, única. Para mí, decir Lázaro Galdiano era decir Arte.